

ESQUELETO DEL SERMON I

SOBRE

LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Tulerunt Jesum in Jerusalem ut sisterent eum Domino. (Luc. II, 22).

Llevaron á Jesús á Jerusalem para presentarlo al Señor.

1. Aun tiernecita había hecho María á Dios en el templo de Jerusalem la ofrenda de sí misma... Allí se encamina hoy para hacerle la de su hijito Jesús... Sigamos sus pasos... Contemplemos la grande oblation que..., y las virtudes que pone en práctica...

2. Tres son estas principalmente..., y sin mas preámbulos pasemos á explicar la primera, que es la fortaleza.

3. La ley mandaba ofrecer á Dios los primogénitos en memoria y agradecimiento de haber librado Dios al pueblo hebreo... La ofrenda que le hacian los padres los colmaba de júbilo por recordarles...

4. No se trataba para María de la oblation de su Hijo como víctima de la redencion corporal de un solo pueblo, sino de la espiritual de todo el mundo... Con esta ocasion se le representaron todos los sufrimientos de su querido Hijo... Palabras de san Bernardo... ¡Qué espada de dolor fue para ella esta prevision...! La profecía, aunque sea un privilegio, se trueca algunas veces en acerbó dolor... Daniel, Ezequiel, Juan Evangelista... Mas ¿qué tienen que ver estos ejemplos con lo que...

5. No obstante héla al pié del altar como un dia estará al pié de la cruz... Nunca, dice santo Tomás, se echa mas de ver la fortaleza... Al ofrecer hoy María su Hijo á la muerte padeció mas que si... Como David ella hubiera preferido... *Quis mihi det ut ego...?*

6. Lo mas noble de la virtud de la fortaleza no consiste en..., segun santo Tomás, sino en... Tambien dijo san Agustin: *Martyrem non facit pœna, sed causa*. Lo que dió suma perfeccion á la fortaleza de María fue...

7. La segunda virtud que brilla hoy en María es su heroica obediencia... La oblation de los primogénitos en Israel era figura de la

del Primogénito entre todos los hermanos... Dios había dado un hijo á María, pero *non sibi soli, sed mundo*, dice santo Tomás de Villanueva... Este sacrificio de la mañana entrañaba el de la tarde.

8. Profecía de Ageo...

9. Sabedora de todo esto María, sometió gustosa y enteramente su corazon diciendo: *Etiam Pater, quoniam*, etc. Exigisteis mi consentimiento para darme ese Hijo, ahora para devolvéroslo... No solo consiento en..., sino...

10. Obediencia de Abraham comparada con la de María... Lo que dijo, pues, de Abraham el mártir san Zenon, con mayor razon puede decirse de María...

11. Al obrar María cual si no fuese..., se mostró Madre de los hombres...

12. La tercera virtud de María en este misterio es su caridad para con los hombres. Veános esclavos..., perdidos..., y sabia que solo la sangre de su Hijo... Solo en el corazon de Dios fue mayor aquella virtud que en el de la Virgen... De ella, pues, y del eterno Padre puede decirse con san Bernardino: *Ut servum redimerent, communem Filium tradiderunt*.

13. *Offer Filium tuum, Virgo sacrata*, digámosle con san Bernardo, *et benedictum fructum*, etc., etc. No faltará Dios Padre en aceptar gustoso...

14. Ya la Virgen ha hecho su ofrenda... Ya nosotros podemos decir: *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam*, etc. A Dios y á ella debemos ser agradecidos... La gratitud que ella exige de nosotros consiste principalmente en la imitacion de sus virtudes... Dios quiere nuestros corazones, pero despegados de..., de... ¿Qué nos toca hacer? Obedecer como María..., y hacer á Dios el holocausto de... Sentiréis dificultad en ello, pero...

15. ¿Qué será de vosotros si no...? Palabras de san Bernardo á este propósito...

16. María ofreció su Hijo á fin de hacernos aprovechar... Mas, ¿de qué nos servirian su fortaleza, su obediencia y su caridad para salvarnos, si...?

SERMON I

SOBRE

LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Tulerunt Jesum in Jerusalem ut sisterent eum Domino. (Luc. II, 22).

Llevaron á Jesús á Jerusalem para presentarlo al Señor.

1. Desde su mas tierna edad fue la Virgen conducida al templo por sus padres Joaquin y Ana para hacer en él una ofrenda de tal prez que jamás aquel recinto la habia visto igual en los andados tiempos: y fue el consagrarse enteramente al Altísimo cual víctima honorable. Allá dirige otra vez sus pasos en este dia para ofrecer otra incomparablemente mas preciosa que la primera: y es la de su divino hijo Jesús, á quien suelta de sus brazos, y le pone en los del sacerdote para ser hostia y holocausto de fragancia y gloria ante su eterno Padre. En vez de ir afanosos tras los solaces y divertimientos, ¡cuánto mejor será, hermanos míos, seguir los pasos de Nuestra Señora, y, entrando con ella en el templo, contemplar atentamente la grande oblacion que en él hace! ¡Qué virtudes no saltarán á nuestra vista, ejercidas por ella en este acto! Virtudes que, redundando en último resultado en gran beneficio nuestro, deben servirnos de estímulo para quedarle agradecidos, pero con aquella gratitud que desea y pide ella en nosotros, gratitud que nos empeñe á imitarla, cuanto quepa en nosotros.

2. Tres singularmente escojo entre las muchísimas virtudes que relucieron en la Virgen: y, sin perder tiempo en preámbulos, toda vez que el deseo de oirlas os ha llevado á este templo, empiezo por la primera, que es la fortaleza de esta gran Madre que ofrece á Dios, á costa de un dolor inmenso, su queridísimo Hijo: *Ave María*.

3. Si solo nos atenemos á lo que significaba esa ceremonia de ofrecer los padres sus primogénitos al Señor, segun la prescripcion de la ley, léjos de ver en ella algo de penoso para el corazon, descubriremos que le llenaba de regocijo. Vosotros recordaréis que es-

ta ley fue instituida en memoria del singular beneficio que dispensó Dios á su pueblo, librándole por fin de la esclavitud de Faraon que á tantos azotes se resistiera, y que tuvo que ceder al último de ellos, que tan de cerca le tocaba y tan terrible fue para los egipcios, consistente en el exterminio de todos sus primogénitos. Justo motivo tenian, pues, las madres hebreas para encaminarse al templo. La ofrenda que allí hacian las colmaba de júbilo por recordarles un beneficio cuyos efectos tocaban. Al tomar en sus brazos á sus hijos para ir á consagrarlos al Altísimo, no se apartaba de su memoria el bárbaro yugo á que se los sustrajera y lo ventajoso que era para ellos el haber pasado de la tiranía de un hombre infiel al dulce gobierno de su clementísimo Dios. Miraban en ello la libertad de sus hijos: y su pensamiento se adelantaba ya á aquel tiempo en que, llegados á la edad competente, se verian dueños de sus personas y haciendas, y promovidos á las mejores fortunas en el seno de su amada patria, que con tantos bienes privilegiara el cielo. ¡Cuán gozosas se manifestaban esas madres que habian sacudido de sí la tristeza y el llanto, dejándolo para las de Egipto, desde que los primogénitos de estas quedaron extinguidos por la espada del Ángel exterminador, y nadando en su propia sangre, que fue el precio de la libertad y vida del pueblo hebreo!

4. Mas no sucedió otro tanto con nuestra gran Señora. Si bien en el exterior la oblacion que hizo parecia seguir la condicion de las demás, ¡oh! ¡cuán diverso carácter tenia á los ojos de Dios y aun á los de María! No se trataba únicamente de presentarlo al Señor en homenaje de gratitud por una redencion corporal obrada á favor de un solo pueblo; sino que se lo consagraba principalmente como víctima de la reparacion espiritual de todo el mundo, reparacion que habia de obrarse con la muerte de quien á tal fin era en aquella ocasion presentado en el templo. Y aquí ¿quién será capaz de ponderar con cuánta claridad se agolparon al entendimiento de esta Madre, al realizar este grande acto, aquellos conocimientos sublimes y sobrehumanos que acerca de los rudos sufrimientos de su Hijo, mas que á cualquier profeta, le habia comunicado el cielo? Concentraba en él sus miradas; registraba con ellas el templo; fijábalas en los brazos del buen Simeon que tan amorosamente le recibió: por doquiera topaba con objetos que le causaban dolor sumo. Representábansele aquellas espinas que tan hondamente habian de penetrar la cabeza de su prenda querida; aquellos azotes que tan bárbaramente habian de desbriznar sus miem-

bros; aquellos clavos que tan atrocemente habian de taladrar sus manos y piés. En el altar, en el templo, veia el funesto Calvario; en los brazos del santo Anciano el duro madero en cuyos brazos debia su Hijo, no ya hacer de sí una oblacion exenta de dolor como la presente, sino consumir un sacrificio de sangre y muerte en medio de penas inmensas. Revolvía ella en su corazon lo que mas tarde escribió su devoto san Bernardo: *Oblatio ista delicata videtur, ubi tantum sistitur Domino.* (Serm. III de Purif.). Esta ofrenda parece bastante delicada, no haciéndose mas que presentar á Dios este inmaculado Corderito. *Veniet, veniet, quando non in templo offerretur, nec inter brachia Simeonis, sed extra civitatem, inter brachia crucis.* Harto vendrá un dia turbulentísimo en que ya no será ofrecido dentro del templo ni en brazos de Simeon, sino fuera de la ciudad y en los de la dura cruz, cual malhechor. ¡Qué espada de agudísimo dolor fue para el corazon de la Madre esta prevision de cosas tan amargas, prevision avivada mas que nunca en la oblacion del Hijo! Por mas que sea raro y noble privilegio la profecía; cuando versa sobre trágicos acaecimientos, no deja de ser privilegio, pero se trueca en acerbo dolor para el profeta. Así, al revelarse á Daniel las revoluciones de las monarquías, protestó, lleno de dolor: *Visiones capitis mei conturbaverunt me.* (VII, 15). Así Ezequiel, al serle manifestada la perversidad del pueblo y la ira del cielo á punto de estallar sobre él, dice de sí mismo: *Abii amarus in indignatione spiritus mei* (III, 14); fuíme con el corazon profundamente acibarado y con el espíritu torturado. Así Juan, al saborear aquel libro que contenia las predicciones de los azotes reservados para la cabeza de los impíos en los últimos dias, nos dejó escrito: *Amari-catus est venter meus* (X, 10), cual si aquel tétrico volúmen en sus entrañas se le hubiese trocado en áloe, infiltrando en ellas la amargura. Mas ¿qué tienen que ver estos ejemplos con lo que pasó en la Virgen? ¿Hay luz tan clara en sus rayos, tan vasta en el descubrimiento de lo venidero, como la que se comunicó á María sobre las atrocidades, las mas ferales y horrendas que se hayan visto y verse puedan, que habian de cometerse contra la persona de su divino Hijo; Hijo tan excelso como inocente, y por lo mismo acreedor á muy diferentes tratamientos; Hijo á quien queria con todo el fervor de sus afectos y con toda la correspondencia de sus obligaciones? ¡Ah! ¡tanta luz valióle á su alma un dolor inconcebible! Aquí sí que podemos decir con el Sábio: *Qui addit scientiam, addit et laborem* (Eccli. I, 16); el aumento de ciencia es aumento de pena.

5. Y, con todo, héla al pié del altar, como en su dia estará al pié de la cruz, magnánima y fuerte. Vence toda grima de la naturaleza: y ella misma en sus brazos, y mucho mas con el espíritu, en presencia de todos los Ángeles, testigos y admiradores de su constancia, ofrece el amable y queridísimo Infante á aquellos crueles tormentos que ella sentia ya uno por uno y tan acerbamente en su corazon. Si, en decir del Angélico, nunca se echa mas de ver la fortaleza que cuando firme é intrépida arrostra el mas terrible de los males, que es la muerte; si por esto al martirio se le tiene por uno de los actos mas sublimes de esta virtud; ¡oh! ¡cómo echa el resto en la funcion de este dia la fortaleza de la Virgen! Ofreciendo á su Hijo á los desgarros y á la muerte, padeció mas que si todo esto hubiera debido pasar por ella misma; pues que de buena gana le hubiera á él ahorrado la muerte con sufrirla ella, por espantosas que fueran sus formas. Hubiérase sorprendido á la Mujer fuerte repitiendo en su corazon para con su inocente Jesús, pero con mas vivos y tiernos afectos, lo que David deseaba y pedia por su ingrato Absalon: ¡Oh! ¿quién me diera poder morir por tí, hijo querido? *Quis mihi tribuat ut ego moriar pro te, Fili mi?* (II Reg. XVIII, 33). Á pesar de todo, sobreponiéndose á los mas tiernos sentimientos de su amor, le sacrifica á la muerte; y ya sabeis cuál. Si esto no es fortaleza, ¿qué lo será?

6. Fortaleza singularísima por cierto; pero no del todo perfecta en sí misma. Lo mas noble de esta virtud, como sigue enseñándonos el Angélico, no consiste en tolerar lo mas arduo y terrible, sino en la excelencia del fin por el cual se tolera. Á cuyo propósito escribió tambien san Agustin; *Martyrem non facit pœna, sed causa.* (Conc. II in Psalm. XXXIV, prope fin.). Lo que dió suma perfeccion á la fortaleza de la Virgen fue el estar bellamente ordenada á otra virtud todavía mas sublime, de la cual recibia su principal impulso.

7. Esta segunda virtud, que dió el mayor realce á la funcion de este dia, y que en segundo lugar propongo á vuestra consideracion, fue una sumision obsequiosa, una heróica obediencia á la voluntad del Padre celestial, primera regla de todo lo recto que de ella exigia la oblacion del Hijo. Mas que la ofrenda de todos los primogénitos hebreos, queria y aguardaba el eterno Padre la de Jesucristo. Las otras no tanto se hacian en accion de gracias, segun queda dicho, por haber sido libertado el pueblo de la esclavitud de Egipto, como, segun la doctrina del Angélico, para figurar la obla-

cion que habia de hacerse un dia de este Primogénito entre todos los hermanos para librarlos de la servidumbre del infierno: obra que no podia condignamente realizar sino quien fuese, no solo hijo del hombre, sí que tambien Hijo de Dios á la vez. Á este fin tan excelso el Padre divino habia dado á la Virgen este Unigénito de su seno, y le habia hecho, con tomar carne humana, Hijo tambien de ella, no para que le retuviese para sí sola, *non sibi soli, sed mundo* (serm. II de Visit. Virg.), sino, como dice santo Tomás de Villanueva, para que tempranamente le consagrarse al bien universal de los hombres, y esta su presentacion en el templo fuese una prenda pública, solemne é irrevocable del grande holocausto que en el Calvario aguardaba al que se ofrecia hoy en rehenes; fuese aquel verdadero sacrificio de la mañana que anunciaba, á tenor de los Libros sagrados, y entrañaba el de la tarde.

8. Ya por medio del profeta Ageo lo habia predicho cuando, al reedificarse el templo, manifestó al pueblo que la gloria de la nueva casa habia de ser mayor que la de la antigua, por cuanto en esta no se habian ofrecido al Señor mas que primogénitos de hombres, mientras á la nueva un dia habia de venir en brazos de su Madre el Deseado de todas las gentes, el mismo Hijo de Dios, en vista del cual, colocado en el altar, el Padre celestial daria á todo el género humano la suspirada paz y libertad.

9. Sabedora de todo esto la Virgen, al acercarse el tiempo de realizar la grande oblacion que habia de dar cumplimiento á las antiguas profecías y figuras, oia en su interior mas fuerte que nunca la voz divina que allá la llamaba: y, por mas que su corazon sentia en toda su intensidad lo arduo de la grande obra; tratándose empero de cumplir la voluntad del Padre celestial, sometiósele gustosa. *Etiám Pater*, diria, *quoniam sic placuit ante te* (Luc. x, 21): hágase así porque tal es vuestro beneplácito. Ya Vos existeis, por medio del Ángel, mi consentimiento antes de darme este Hijo: ahora que quereis me avenga á devolvérsle yo misma, os lo doy con igual resignacion. Renuncio y á Vos cedo todos los derechos que tener pueda sobre la vida de quien ha salido de mis entrañas, vida que tambien me corresponde á mí por ser su Madre: y no consiento tan solo en que á vuestro honor sea sacrificada; héme además dispuesta á hacer á vuestra voluntad con mis propias manos el sacrificio que de él me pedís. *Etiám Pater, quoniam sic placuit ante te*.

10. ¿Qué os parece, hermanos míos, de esta obediencia? ¿Qué

tiene que ver con ella la tan celebrada de aquel patriarca á quien se impuso el duro sacrificio de su primogénito? ¿Qué tenia que ver Isaac con Jesucristo? ¿Qué, el amor de Abraham con el de María? ¿Qué, con lo de que ahora se trata, el sacrificar á un hijo con un golpe solo que, con quitarle pronto la vida, pronto habria tambien acabado con sus penas? La Virgen, para adherirse á la voluntad del Padre, le sacrifica un tan excelso Hijo, y, sin arredrarla en nada la cruellísima pena que esto iba á costar al amor materno, se lo consagra con su propia mano, para que de él se tome la divina justicia el alto y sanguíneo resarcimiento de las injurias hechas por los hombres á la majestad del Altísimo. ¿Qué admirable obediencia! Repitamos acerca de ella, y mucho mas acerca de la Virgen que la ejercitó, el elogio que del citado Abraham hizo el obispo y mártir san Zenon, sobrecogido de estupor al considerar su accion magnánima de inmolar á Dios su hijo: *O qui servum Domini ita se esse meminerat ut patrem se esse nesciret*. (Serm. I de Abraham). Ved y admirad: tanto fue lo que nuestra Señora se acordó de ser esclava obediente al divino querer que le pedia su Primogénito, que con ofrecerlo con tanta prontitud y á muerte tan cruda llegó casi á olvidarse de que era su Madre. Tanto es lo que supo vencer todo sentimiento materno para obedecer sin reparo.

11. Mas, si pareció como que no fuese Madre de aquel á quien ofrecia, bien se dió mas que nunca á conocer por Madre amorosa de aquellos por quienes lo ofrecia.

12. Ved ahí la tercera virtud que bien merece hoy tambien nuestra consideracion: la caridad y amor de la Virgen para con nosotros. Veános condenados, triste si bien merecidamente, por la irritada justicia de Dios á gemir bajo un yugo mil veces mas duro y lastimero que el del pueblo en su cautiverio de Egipto. Veános esclavos del pecado y del demonio, tan bárbaros tiranos. Al propio tiempo veia que, segun los divinos y eternos decretos, otra sangre y otra muerte se necesitaba para rescatarnos, que la de ajenos primogénitos: del suyo es de quien se exigia la sangre y la muerte, sin cuyo precio jamás, como escribe san Leon Magno, se habrian roto nuestras cadenas: *Sub jugo diaboli generaliter teneretur humana captivitas*. (Epist. ad Pulcher. Aug.). Discurrid y respondedme: ¿puede darse á favor de nuestras miserias caridad mayor que la que por nosotros ardia en el corazon de la Virgen? Por cierto que no, á no elevarnos á buscarla en el corazon de Dios. Así como este Padre de las misericordias á fin de redimirnos llegó al

extremo de dar su Unigénito: *Ut Filium suum unigenitum daret* (Joan. III, 16); así María, movida de este amor incomprensible, une la suya á la soberana voluntad del Padre, y, ahogando todas sus virginales ternuras para con este Unigénito, que es tambien hijo suyo, concurre asimismo al gran sacrificio de él, á trueque de salvarnos á nosotros. ¡Oh fortaleza! ¡oh obediencia de vuestra Señora! pero ¡oh caridad... que á tan bellas virtudes las volviera provechosas para nosotros! Este es un amor que sobrepuja á cuanto podamos concebir. Es aquel linaje de amor que no conoce igual por dar la vida por el bien ajeno; pues la vida de esta Madre, mas que en ella misma, se concentraba y residía en tamaño Hijo. Es un amor, no reparamos en decirlo, émulo del amor que Dios nos tiene, escribiendo san Bernardino: *Ut servum redimerent, communem Filium tradiderunt*. (Serm. LI, ap. Veg. Theol.). Sí: para redimirnos está ahora María en el templo consagrando el Hijo al Padre, para que despues en el Calvario el Padre lo consagre por nosotros en la cruz.

13. *Offer*, podemos decirle con su devotísimo san Bernardo (serm. III de Purif.), *offer Filium tuum, Virgo sacrata, et benedictum fructum ventris tui Domino repræsenta*. Ofreced en buen hora, ó sacratísima Virgen, vuestro Hijo; ofreced al Señor este fruto bendito de vuestras purísimas entrañas. *Offer ad omnium nostrum reconciliationem hostiam sanctam, beneplacentem. Omnino acceptavit Deus Pater oblationem novam et pretiosissimam hostiam de qua ipse ait: Hic est Filius meus in quo mihi bene complacui*: no faltará Dios Padre en aceptar gustoso esta nueva oblacion, esta preciosísima víctima, de la cual dijo ya: Este es mi Hijo amado en quien siempre me he complacido. Uno de los motivos de así complacerse en él es cabalmente el redimir por medio del mismo la humana prosapia.

14. Pero ya la Virgen ha llevado á cabo su augusta ofrenda; y á nosotros nos toca repetir con la Iglesia, enajenados de júbilo: *Suscepimus, Deus, misericordiam tuam in medio templi tui* (Psalm. XLVII, 10): entre vuestras misericordias, ó Señor, hemos hoy recibido la mayor en medio de vuestro templo, habiéndose en él vuestro Hijo ofrecido y obligado á morir para salvarnos. ¡Qué obligaciones, empero, nos quedan, hermanos míos, despues de Dios hácia María, quien, para hacernos disfrutar de tan gran misericordia, tanto ha puesto de su parte, á tanta costa y con tanto amor! ¿Podríamos jamás corresponderle lo bastante? Pues bien: la gratitud que de nosotros exige, la llevo ya indicada desde el principio.

Consiste en imitar aquellas virtudes de que se hizo ella nuestro ejemplar en el misterio de hoy. Tambien nuestras ofrendas quiere Dios. Quiere nuestros corazones, pero despegados de aquellos placeres que les hacen revolcarse en el cieno; de aquella demasiada solicitud de bienes terrenos que poco lugar dejan para pensar en los del cielo; de aquellas amistades mundanales y opuestas al santo amor cristiano; de aquellas exigencias del siglo que están en pugna con las máximas del Evangelio. Entre cada cual en sí mismo; y oirá ciertas voces que vienen de lo alto y le manifiestan cuál es la voluntad del Señor en órden á su tenor de vida. ¿Qué nos toca hacer, hermanos míos? obedecer, á imitacion de María, á las inspiraciones divinas, y hacer al Altísimo este holocausto que nos pide de nuestro corazon, de nuestros afectos, de aquellas criaturas, cualesquiera que sean. En esto tiene lugar lo que escribiera el Crisólogo: que el hombre es á la vez hostia y sacerdote de sí mismo: *Homo sibi ipse est hostia et sacerdos* (serm. CVIII, n. 8), sacrificando á Dios en tales cosas la mejor parte de sí mismo. Sentiréis gran pena, os lo concedo, en semejantes ofrendas: despertaráse en vosotros una lucha terrible entre la carne y el espíritu. Mas aquí es donde entra la fortaleza, pidiéndola á Dios, y, tras los ejemplos de la Virgen, venciendo toda arteria del amor propio que querría retraeros de rendir á Dios un sacrificio que tanto le place. Hacedlo, hacedlo: que al cabo esto será uniros con María en amar de veras con ella vuestra alma, procurándole así de vuestra parte su eterna salvacion.

15. ¿Qué será de vosotros, si no consagrais á Dios vuestro corazon? ¡Ah! decia á este propósito el mencionado Bernardo: *Bonum mihi longeque gloriosius atque utilius est ut tibi magis offerar quam deserar mihi* (serm. III de Purif.): Cosa buena es para mí, y sin comparacion mas gloriosa y útil, el seros ofrecido, ó Señor, que el verme abandonado á mí mismo. Nam, prosigue, *ad me ipsum anima mea conturbatur; in te vero exultavit spiritus meus, si tibi veraciter offeratur*. Abandonados á nosotros mismos y á la satisfaccion de nuestras pasiones, no hallaremos mas que turbaciones en el alma desgarrada por los remordimientos de aquellos pecados que en tal estado se cometen, y aterrorizada á la idea de la eterna condenacion que les aguarda; mientras, si de veras consagramos á Dios nuestro espíritu, no podrá dejar de regocijarse en la posesion de la divina gracia, en el mérito de las buenas obras, en la dulce esperanza del premio inmortal que le está prometido.

16. Á fin de poder, hermanos míos, participar de tantos bienes, nuestra amorosísima Señora ha ofrecido al eterno Padre su querido Hijo. Mas ¿de qué nos aprovecharía, en fin, tanta fortaleza, tanta obediencia, tanta caridad como ella empleó en este día para salvarnos, si rehusando nosotros imitarla por querer retener para nosotros mismos nuestro corazón, nos expusiésemos á harto manifiesto peligro de perdernos para siempre? etc., etc.

ESQUELETO DEL SERMON II

SOBRE

LA PURIFICACION DE NUESTRA SEÑORA.

Postquam impleti sunt dies purgationis ejus, secundum legem Moysi, tulerunt illum in Jerusalem, ut sisterent eum Domino, sicut scriptum est in lege Domini. (Luc. II, 22, 23).

Habiendo cumplido el tiempo de la purificación de María, según la ley de Moisés, llevaron al Niño á Jerusalem, para presentarle al Señor, según estaba escrito en la ley de Dios.

1. Palabras del emperador Teodosio... En efecto, el género humano...
2. Mientras subsiste la ley de Moisés, Jesús la observa y la hace observar á su Madre... ; Cuánto mas no deberémos nosotros...!
3. Á imitación de María debemos depender de Dios y de sus órdenes superiores. Tal es el objeto de este discurso...
4. Ante todas cosas debemos reconocer que hay tres leyes : una que nos dirige, otra que nos arrastra, y otra que nos tienta y nos seduce...
5. Estas tres leyes nos obligan á tres prácticas distintas... Para la primera nos sirven de ejemplo el Salvador y su santísima Madre, para la segunda Simeon, para la tercera la penitente y mortificada Ana...

Primera parte : Á imitación de Jesús y María debemos estar sometidos á la ley de verdad que nos rige.

6. De nada abusan mas los hombres que de su libertad... La perdemos queriéndola extender demasiado ; no sabemos conservarla, si no le ponemos límites ; la verdadera consiste en estar...
7. La verdadera libertad supone que hay otra falsa... No debemos dejarnos sorprender por el nombre y las apariencias de libertad... Libertad de los animales ; libertad de los rebeldes ; libertad de los siervos de Dios... La última sola es verdadera.